



María de Zayas y Sotomayor

Novelas amorosas y ejemplares

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

María de Zayas y Sotomayor

Novelas amorosas y ejemplares

Al que leyere

Quién duda, lector mío, que te causará admiración que una mujer tenga despejo, no sólo para escribir un libro, sino para darle a la estampa, que es el crisol donde se averigua la pureza de los ingenios; porque hasta que los escritos se rozan en las letras de plomo, no tienen valor cierto, por ser tan fáciles de engañar los sentidos, que la fragilidad de la vista suele pasar por oro macizo lo que a la luz del fuego es solamente un pedazo de bronce afeitado. Quién duda, digo otra vez, que habrá muchos que atribuyan a locura esta virtuosa osadía de sacar a luz mis borrones, siendo mujer, que, en opinión de algunos necios, es lo mismo que una cosa incapaz; pero cualquiera, como sea no más de buen cortesano, ni lo tendrá por novedad ni lo murmurará por desatino; porque si esta materia de que nos componemos los hombres y las mujeres, ya sea una trabazón de fuego y barro, o ya una masa de espíritus y terrones, no tiene más nobleza en ellos que en nosotras, si es una misma la sangre, los sentidos, las potencias y los órganos por donde se obran sus efectos son unos mismos, la misma alma que ellos, porque las almas ni son hombres ni mujeres; ¿qué razón hay para que ellos sean sabios y presuman que nosotras no podemos serlo? Esto no tiene a mi parecer más respuesta que su impiedad o tiranía en encerrarnos, y no darnos maestros; y así, la verdadera causa de no ser las mujeres doctas no es defecto del caudal, sino falta de la aplicación, porque si en nuestra crianza como nos ponen el cambray en las almohadillas y los dibuxos en el bastidor, nos dieran libros y preceptores, fuéramos tan aptas para los puestos y para las cátedras como los hombres, y quizá más agudas por ser de natural más frío, por consistir en humedad el entendimiento, como se ve en las respuestas de repente y en los engaños de pensado, que todo lo que se hace con maña, aunque no sea virtud, es ingenio; y cuando no valga esta razón para nuestro crédito, valga la experiencia de las historias, y veremos lo que hicieron las que por algún accidente trataron de buenas letras, para que ya que no baste para disculpa de mi ignorancia, sirva para exemplar de mis atrevimientos. De Argentaria, esposa del poeta Lucano, refiere él mismo que le ayudó en la corrección de los tres libros de La Farsalia, y le hizo muchos versos que pasaron por suyos. Temistoclea, hermana de Pitágoras, escribió un libro doctísimo de varias sentencias. Diotima fue venerada de Sócrates por eminente. Aspano hizo muchas lecciones de opinión en las academias. Eudoxa dexó escrito un libro de consejos políticos. Cenobia, un epítome de la Historia Oriental. Y Cornelia, mujer de Africano, unas epístolas familiares con suma elegancia, y otras infinitas de la antigüedad y de nuestros

tiempos, que paso en silencio y por no alargarme, porque ya tendrás noticias de todo, aunque seas lego y no hayas estudiado. Y que después que hay Polianteas en latín, y Sumas morales en romance, los seglares y las mujeres pueden ser letrados. Pues si esto es verdad, ¿qué razón hay para que no tengamos promptitud para los libros? y más si todas tienen mi inclinación, que en viendo cualquiera nuevo o antiguo, dexo la almohadilla y no sosiego hasta que le paso. Desta inclinación nació la noticia, de la noticia el buen gusto; y de todo hacer versos, hasta escribir estas novelas, o por ser asunto más fácil o más apetitoso, que muchos libros sin erudición suelen parecer bien en fe del sujeto; y otros llenos de sutilezas se venden, pero no se compran, porque la materia no es importante o es desabrida. No es menester prevenirte de la piedad que debes tener, porque si es bueno, no harás nada en alabarle, y si es malo, por la parte de la cortesía que se le debe a cualquiera mujer, le tendrás respeto. Con mujeres no hay competencias, quien no las estima es necio, porque las ha menester; y quien las ultraja ingrato, pues falta al reconocimiento del hospedaje que le hicieron en la primera jornada. Y así, pues, no has de querer ser descortés, necio, villano, ni desagradecido. Te ofrezco este libro muy segura de tu bizarría, y en confianza de que site desagradare, podías disculparme con que nací mujer, no con obligaciones de hacer buenas novelas, sino con muchos deseos de acertar a servirte. Vale.

Novelas amorosas y ejemplares. Preliminares
María de Zayas y Sotomayor

Copyright (c) Universidad de Alicante, Banco Santander Central Hispano 1999-2000

Novelas amorosas y ejemplares.
Preliminares
María de Zayas y Sotomayor

Prólogo de un desapasionado

Lector cruel o benigno, que en el tribunal de tu aposento juzgas atrevido o modesto las más leves menudencias de lo que lees; este libro te ofrece un claro ingenio de nuestra nación, un portento de nuestras edades, una admiración destos siglos, y un pasmo de los vivientes; poco lo encarezco si consideras que en el flaco sexo de una mujer, ha puesto el cielo gracias tan consumadas, que aventajan a cuantas celebran los aplausos y solenizan los ingenios; pues cuando de una dama se esperan sólo entendimiento claro, respetos nobles y proceder prudente (acompañado de las honestas virtudes que realzan estas prerrogativas, por beneficio de su noble educación) vemos que con más colmo de favores, tiene de más a más sutilísimo ingenio, disposición admirable y gracia singular en cuanto piensa, traza, y executa, consiguiendo con esto que como a Fénix de la sabiduría la veneremos y demos la estimación debida a tantos

méritos.

La señora doña María de Zayas, gloria e Manzanares y honra de nuestra España (a quien las doctas Academias de Madrid tanto han aplaudido y celebrado) por prueba de su pluma da a la estampa esos diez partos de su fecundo ingenio, con nombre de novelas; la moralidad que encierran, el artificio que tienen y la gracia con que están escritas, son rasgos de su vivo ingenio, que en mayores cosas sabrá salir de más grandes empeños. Por dama, por ingeniosa y por docta, debes ¡oh lector!, mirar con respeto sus agudos pensamientos, desnudo del afecto envidioso, con que censuras otros que no traen este salvoconducto debido a las damas. Y no sólo debes hacer esto, mas anhelar por la noticia de su autora a no estar sin su libro tu estudio, no pidiéndolo prestado, sino costándote tu dinero, que aunque fuese mucho, le darás por bien empleado. Y pues viene a propósito, diré aquí las jerarquías de lectores, que a poca costa suya lo son, siéndolo con mucha de los librereros.

Hay lectores de gorra como comilitones de mesa, que se van a las librerías, y por no gastar una miseria que vale el precio de un libro, le engullen a toda priesa con los ojos, echándose en los tableros de sus tiendas, pasando por sus inteligencias como gatos por brasas, y así es después las censuras que dellos hacen; allí puestos no les ofende el ser pisados de los que pasan, el darles encuentros los que entran a comprar libros en la tienda, el enfadado semblante del librero en verle allí embarazar, ni los rebufos de sus oficiales; que por todo pasa a trueque de leer de estafa y estudiar de mogollón por no gastar.

Otros, fiando en la liberalidad y buena condición del librero, le piden prestados los libros que vienen nuevos, y cuando lo antigüen, en vez de alabar su obra, la vituperan con decir mal del libro.

Otros tienen espera que los que compran libros los hayan leído, para pedírselos y leerlos después. Y lo que resulta desto es que, si son ignorantes o no han entendido la materia o no les ha dado gusto, desacreditan el libro y quitan al librero la venta; y un libro leído a galope tirado o por prueba para comprarle es como amor tratado, que pierde méritos en el amante, o como ropa gozada y dexada después, que hay dificultad en su empleo.

Sea, pues, oh carísimos lectores, este libro exento destes lances, pues por ti merece tanto, para que el estafante no lo sea en el leerle de balde, el gorrero le apetezca por manjar, que le cueste su dinero, y finalmente, el estrictico degenerere de su miserable y apretada condición, y gaste su moneda, pues es plato tan sabroso, así para el serlo como para la reformación de las costumbres, que a todo atendió el pródigo ingenio de su discreta autora, cuyas alabanzas son dignas de elocuentes plumas, y la mayor que le da la mía es el dudar celebrarla, quedándose en silencio,

que en quien ignora es el mayor elogio para quien desea celebrar. Vale.

Novelas amorosas y ejemplares. Preliminares
María de Zayas y Sotomayor

Copyright (c) Universidad de Alicante, Banco Santander Central Hispano 1999-2000

Novelas amorosas y ejemplares.
Preliminares
María de Zayas y Sotomayor

Introducción

Juntáronse a entretener a Lisis, hermoso milagro de la naturaleza y prodigioso asombro desta Corte (a quien unas atrevidas cuartanas tenían rendidas sus hermosas prendas), la hermosa Lisarda, la discreta Matilde, la graciosa Nise y la sabia Filis, todas nobles, ricas, hermosas y amigas, una tarde de las cortas de Diciembre, cuando los hielos y terribles nieves dan causa a guardar las casas y gozar de los prevenidos braseros, que en competencia del mes de julio, quieren hacer tiro a las cantimploras y lisonjear las damas, para que no echen menos el Prado, el río y las demás holguras que en Madrid se usan. Pues como fuese tan cerca de Navidad, tiempo alegre y digno de solenizarse con fiestas, juegos y burlas, habiendo gastado la tarde en honestos y regocijados coloquios, porque Lisis con la agradable conversación de sus amigas no sintiese el enfadoso mal, concertaron entre sí (pues el vivir todas juntas en una casa, aunque en distintos cuartos, cosa acostumbrada en la Corte, les facilitaba el verse a todas horas) un sarao, entretenimiento para la Nochebuena, y los demás días de Pascua, convidando para este efecto a don Juan, caballero mozo, galán, rico y bien entendido, primo de Nise y querido dueño de la voluntad de Lisis, y a quien pensaba ella entregar, en legítimo matrimonio, las hermosas prendas de que el cielo le había hecho gracia, si bien don Juan, aficionado a Lisarda, prima de Lisis, a quien deseaba para dueño, negaba a Lisis la justa correspondencia de su amor, sintiendo la hermosa dama el tener a los ojos la causa de sus celos, y haber de fingir agradable risa en el semblante, cuando el alma, llorando mortales sospechas, había dado motivo a su mal y ocasión a su tristeza; y más viendo que Lisarda, contenta como estimada, soberbia como querida, y falsa como competidora, en todas ocasiones llevaba lo mejor de la amorosa competencia.

Convidado don Juan a la fiesta, y agradecido por principal della, a petición de las damas se acompañó de don Álvaro, don Miguel, don Alonso y don Lope, en nada inferiores a don Juan, por ser todos en nobleza, gala y bienes de fortuna iguales y conformes, y todos aficionados a entretener el tiempo discreta y regocijadamente.

Juntos, pues, todos en un mismo acuerdo, dieron a la bella Lisis la presidencia deste gustoso entretenimiento, pidiéndole que ordenase y repartiase a cada uno lo que se había de hacer. La cual, excusándose como enferma, viéndose importunada de sus amigas, sustituyendo a su madre en su lugar, que era una noble y discreta señora, a quien el enemigo común de las vidas quitó su amado esposo, se salió de la obligación en que sus amigas la habían puesto. Laura, que éste es el nombre de la madre de Lisis, repartió en esta forma la entretenida fiesta: a Lisis, su hija, que como enferma se excusaba y era razón; dio cargo de prevenir de músicos la fiesta; y para que fuese mas gustosa, mandó expresamente que les diese las letras y romances que en todas cinco noches se hubiesen de cantar. A Lisarda, su sobrina, y a la hermosa Matilde, mandó que después de inventar una airosa máscara, en que ellas y las otras damas, con los caballeros, mostrasen su gala, donaire, destreza y bizarría, la primera noche, después de haber danzado, contasen dos maravillas, que con este nombre quiso desempalagar al vulgo del de novelas, título tan enfadoso, que ya en todas partes le aborrecen. Y porque los caballeros no se quejasen de que las damas se les alzaban con la preeminencia, mezclando a los unos con los otros, salió la segunda noche por don Álvaro y don Alonso; la tercera, a Nise y Filis; la cuarta, a don Miguel y don Lope, y la quinta, a la misma Laura y que la acompañase don Juan, feneciendo la Pascua con una suntuosa cena, que quiso Lisis, como la principal de la fiesta, dar a los caballeros y damas; para la cual convidaron a los padres de los caballeros y a las madres de las damas, por ser todas ellas sin padres y ellos sin madres, que la muerte no dexa a los mortales los gustos cumplidos.

Lisis, a quien tocaba dar principio a la fiesta, hizo buscar dos músicos, los más diestros que pudieron hallarse, para que acompañasen con sus voces la angélica suya, que con este favor quiso engrandecerla. Quedaron avisados que al recogerse el día, descoger la noche el negro manto, luto bien merecido por el ausencia del rubicundo señor de Delfos, que por dar a los indios los alegres días daba a nuestro hemisferio con su ausencia obscuras sombras, se juntasen todos para solenizar la Nochebuena, con el concertado entretenimiento, en el cuarto de la hermosa Lisis, en una sala, que aderezada de unos costosos paños flamencos, cuyos boscajes, flores y arboledas parecían las selvas de Arcadia o los pensiles huertos de Babilonia.

Coronaba la sala un rico estrado, con almohadas de terciopelo verde, a quien las borlas y guarniciones de plata hermozeaban sobremanera, haciendo competencia a una vistosa camilla, que al lado del vario estrado había de ser trono, asiento y resguardo de la bella Lisis, que como enferma pudo gozar desta preeminencia, era asimismo de brocado verde, con flucos y alamares de oro, que como tan ajena de esperanzas en lo interior, quiso en lo exterior mostrar tenerlas.

Estaba ya la sala cercada de muchas filas de terciopelo verde y de infinitos taburetes pequeños, para que sentados en ellos los caballeros, pudiesen gozar de un

brasero de plata, que alimentado de fuego y diversos olores, cogía el estrado de parte a parte. Desde las tres de la tarde empezaron las señoras, y no sólo las convidadas, sino otras muchas, que, a las nuevas del entretenido festín, se convidaron ellas mismas a ocupar los asientos, recibidas con grandísimo agrado de la discreta Laura y hermosa Lisis, que, vestida de la color de sus celos, ocupaba la camilla, que por la honestidad y decencia, aunque era el día de la cuartana, quiso estar vestida.

Ya la sala parecía cuando los campos alumbrados del rubio Apolo, vertiendo risa, alegrando los ojos que los miraban, tantas eran las velas que daban luz a la rica sala, cuando los músicos, que cerca de la cama de Lisis tenían sus asientos, prevenidos de un romance, que después de haber danzado, se había de cantar, empezaron con una gallarda a convidar a las damas y caballeros a ir saliendo de una cuadra con hachas encendidas en las manos, para que fuese más bien vista su gallardía.

El primero que dio principio al airoso paseo fue don Juan, que por guía y maestro empezó solo, tan galán, de pardo, que le llevaba los ojos de cuantos le vían, cuyos botones y cadenas de diamantes parecían estrellas. Siguióle Lisarda y don Álvaro, ella de las colores de don Juan, y él de las de Matilde, a quien sacrificaba sus deseos. Venía la hermosa dama de noguerado y plata; acompañábala don Alonso, galán, de negro, porque salió así Nise, saya entera de terciopelo liso, sembrada de botones de oro; traía la de la mano don Miguel, también de negro, porque aunque miraba bien a Filis, no se atrevió a sacar sus colores, temiendo a don Lope, por haber salido como ella de verde, creyendo que sería dueño de sus deseos.

Habiendo don Juan mostrado en su gala un desengaño a Lisis de su amor, viendo a Lisarda favorecida hasta en las colores, la cual dispuesta a disimular, se comió los suspiros y ahogó las lágrimas, dando lugar a los ojos para ver el donaire y destreza con que dieron fin a la airosa máscara, con tan intrincadas vueltas y graciosos laberintos, lazos y cruzados, que quisieran que durara un siglo. Mas viendo a Lisis, que con pedazos de cristal, acompañada de los dos músicos, quería enseñar en la destreza de su voz sus gracias, tomando asiento todos por su orden, dieron lugar a que se cantara este romance:

Escuchad, selvas, mi llanto,
oíd, que a quexarme vuelvo,
que nunca a los desdichados
les dura más el contento.
Otra vez hice testigos
a vuestros olmos y fresnos,
y a vuestros puros cristales
de la ingratitud de Celio.
Oísteis tiernas mis quejas

y entretuvistes mis celos,
con la música amorosa
destos mansos arroyuelos.
Vio tierno su sinrazón,
obró mi firmeza el cielo,
procuró pagar finezas,
sino que se cansó presto.
Salí a gozar mis venturas
alegre de ver que en premio
de mi amor, si no me amaba
le agradecía, a lo menos.
Pequeña juzgaba el alma,
de su viveza aposento,
estimando por favores.
su desdenes y despegos.
Adoraba sus engaños,
aumentando en mis deseos,
sus gracias para adorarle,
que engañado devaneo.
¡Quién pensara dueño ingrato,
que estas cosas que refiero
aumentaran de tu olvido
el apresurado intento!
Bien haces de ser cruel,
injustamente me quexo,
pues siempre son los dichosos
aquellos que quieren menos.
Tu amor murmura la aldea,
mirando en tu pensamiento
nuevo dueño de tu gusto,
y en tus ojos nuevo empleo.
Y yo como te quiero,

lloro tu olvido, y tus desdenes siento.

No fuera verdaderamente agradecido tan ilustre auditorio, si no dieran a la hermosísima Lisis las gracias de su voz; y así con las más corteses y discretas razones que supo don Francisco, padre de don Juan, en nombre de todos, mostró cuánto estimaban tan engrandecido favor, dando con esto a la hermosa dama, a pesar del mal, aumentos en su belleza con las nuevas colores que a su rostro vinieron, y a don Juan para caer en la cuenta de su poco agradecimiento; si bien volviendo a mirar a Lisarda, volvió a enredarse en los lazos de su hermosura, y más viéndola prevenirse de asiento más acomodado para referir la maravilla que le tocaba decir esta primera noche.

La cual viendo que todos colgados de su dulce boca y bien entendidas palabras, aguardaban que empezase, buscando las más discretas que pudo dítarle su claro entendimiento y extremado donaire, dixo así:

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

